

Acerca del posible destino de los traumas precozes¹

Stella Yardino²

Desde la trama social y la experiencia clínica

El impacto de la crisis socioeconómica y su incidencia directa en la realidad que vivimos, de la cuál no ha quedado exenta nuestra praxis, han colocado al trauma en el centro de la escena de la dramática actual, tanto en su vertiente singular como en la colectiva. Asistimos a la vez, a una cierta banalización del concepto, por la cual y en un uso terminológico cotidiano, cualquier acontecimiento puede ser denominado como “trauma” o catalogado de “traumático”.

En consecuencia, la reflexión acerca de cómo nos posicionamos hoy los analistas en relación a la teoría del trauma parece imprescindible.

Desde la especificidad de nuestro oficio la clínica nos remite reiteradamente, más allá de la angustia de castración., al trabajo con angustias arcaicas, expresión de experiencias precozes que han desbordado la capacidad del psiquismo para procesarlas.

1. Ponencia presentada en el Plenario de APA sobre “Trauma” (Marzo, 2004) en el cual participaron los Dres. H. Bianchi, L. Kancyper y O. Paulucci. Reformulado para ser publicado y discutido en sesión científica de APU (Nov. 2004).

2. Miembro Titular de APU. Príamo 1529. C.P. 11400. Montevideo. Uruguay.
E-mail: stelmar@multi.com.uy

Ya sea que aparezcan como estados de regresión fusional, con sentimientos de vulnerabilidad, inautenticidad y gran dependencia del objeto, o por el contrario, a través de una modalidad transferencial distante y controladora, nos enfrentamos muchas veces a los límites que estos restos de lo traumático imponen al proceso analítico.

Esta situación supone para el analista una ardua labor de apertura de estas cicatrices a nuevos sentidos o aún, hacia su primer sentido posible.

Supone el intento sostenido de zurcir los agujeros de una trama fallida evitando, a la vez, quedar capturado junto con el paciente en la siempre engañosa «verdad» del acontecimiento traumático.

Por otra parte, el trabajo con lo traumático que no ha podido ser simbolizado y queda del lado de lo escindido, genera efectos sobre el método llevando a privilegiar aquellas intervenciones simbolizantes -ya sea bajo la forma de interpretaciones o predominantemente, construcciones y reconstrucciones- que faciliten el despliegue representacional y la emergencia del afecto concomitante en transferencia.

A propósito de las pérdidas tempranas.

El Desvalimiento

Este aporte propone una aproximación a las pérdidas tempranas, equiparadas a una situación traumática precoz, que no tuvo acceso a la trama simbólica, y sus efectos en el psiquismo.

Siguiendo esta ilación de pensamiento, utilizaré el concepto de “trauma” o “situación traumática” en el sentido que le da Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926) su último gran aporte a la teoría del trauma.

Es llamativa la importancia que adjudica en este texto a las situaciones traumáticas centradas en experiencias de pérdida - de la madre, del amor de la madre, del amor de los objetos, del

amor del superyó, etc., experiencias que sumen al sujeto en un estado de desvalimiento, de total impotencia motriz o psíquica frente a las irrupciones de estímulos de origen externo o interno.

La situación traumática de base es, por tanto, la situación de desvalimiento, y todas las situaciones traumáticas remiten a ella.

La articulación entre situación traumática, situación de peligro y angustia aparece con suma claridad. y es por ello que pese a que la concepción económica continúa siendo relevante hay ya un matiz que excede lo simplemente cuantitativo.

Si bien es cierto que toda la elaboración de Freud, desde la temprana introducción del concepto, se ha dirigido a una sustitución de la noción de trauma puntual por la de situación traumática, es sólo cuando el trauma se articula con la teoría de la angustia, que el concepto de situación traumática recibe todo el énfasis al cual tiene derecho.³

Me guía pues, en esta reflexión el interés de pensar los efectos del impacto de las pérdidas tempranas en un yo inacabado y, por tanto, aún incapaz de metabolizarlas.

Freud designó como "Hilflosigkeit" a la impotencia del recién nacido, que enfrentado a su prematuridad es incapaz de una acción coordinada y eficaz.

A propósito de ella afirma que "la angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma".⁴

Dentro de una teoría de la angustia se convierte así en el prototipo de la situación traumática, conceptualizada como un desborde de excitación, una invasión de estímulos a un aparato psíquico aún incapaz de procesarlos.

De esta angustia arcaica, la más temida ya que amenaza al yo con la desintegración, se han ocupado también los post - freudianos: Klein la llama "angustia de aniquilamiento" y es para Winnicott "temor de derrumbe", mientras que Bion habla del "terror sin nombre".

3 Baranger, W., Baranger, M y Mom, Jorge- "El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud" *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 44 N°4, 1987.

4 Freud, Sigmund. "Inhibición, síntoma y angustia". A.E. T. XX, 1926.

Me parece posible pensar las pérdidas tempranas como acontecimientos traumáticos que permanecerían excluidos de la trama simbólica, traducidos o no en una manifestación sintomática a modo de marca, de cicatriz en espera de adquirir sentido.

Desde mi perspectiva, la pérdida temprana de uno de los progenitores -especialmente de la madre- implica una ausencia radical del objeto como organizador sensorial y afectivo.

De allí parte la hipótesis de que esta pérdida dejaría una huella carente de simbólica posible, que permanecería como primera falla no significada y reacia a enlaces, una suerte de grieta en la piedra basal del psiquismo, en torno a la cuál el sujeto podría, tal vez, organizar un funcionamiento neurótico, pero en momentos claves - como la adolescencia, el acceso a la paternidad o aún la regresión en el proceso analítico - se activará algo de aquella experiencia innombrable, fracasarán los intentos de ligazón simbólica y asistiremos entonces a los efectos de compulsión de repetición.

Si -como es probable- primaran las defensas narcisistas, la expresión clínica oscilaría entre un lenguaje somático y un lenguaje de acción, modalidades evitativas del contacto con la realidad psíquica lo cuál contribuiría a impedir la elaboración.

Acerca de la función del otro significativo ¿Palabra o silencio?

Pensar en el infans implica ineludiblemente, evocar al otro auxiliador de los comienzos, así como hablar de su pérdida convoca la reflexión de qué sería aquello que se pierde.⁵ ¿Se trataría sólo del objeto? ¿O más precisamente de la función fundante que éste desempeña y que arrastraría consigo al desaparecer?

5. Debo a Fanny Schkolnik (comunicación personal) la inquietud por la reflexión sobre este punto.

Considero posible pensar que aún cuando existan otras personas que oficien como “buenos” objetos receptores de las necesidades físicas y emocionales del infans, la ausencia innombrable de la figura materna produciría un desgarramiento en el psiquismo.

Si pensamos que en esta etapa la continuidad existencial depende del otro significativo, su falta conllevaría una alteración brusca en esta continuidad que dejaría al sujeto a merced de la indefensión.

El desamparo nos aproxima al terreno esencialmente narcisista de la relación dual, al momento donde historia y prehistoria se anudan en una identidad primaria que proviene del deseo materno -o de la pareja parental- previa al nacimiento biológico.

Momento singular de los orígenes del sujeto humano en el cuál del encuentro con el otro dependerá su nacimiento como sujeto psíquico y donde este otro de los tiempos primordiales se constituye en presencia omnipotente capaz de rescatar al infans de la indefensión.

Omnipotencia necesaria y a la vez peligrosa, ya que sabemos como las posibles fallas de este “juego de dos” pueden dar origen al siniestro perfil de las psicosis, de las personalidades fronterizas o los trastornos narcisistas.

Siguiendo ideas de Winnicott⁶, la separación consumada en el tiempo y la distancia oportuna y tolerable es condición necesaria para que el objeto se borre como representación fusional y deje disponible el espacio psíquico donde el niño se sustentará para acceder a la propia subjetividad.

Si la creación de este espacio interno fracasa en alguna medida, dificultará también el acceso a la simbolización, dando lugar al papel protagónico del cuerpo que encarnará las huellas de lo no simbolizado.

Winnicott, inspirado en la fase del espejo de Lacan nos enseña que el precursor del espejo es el rostro de la madre. El

⁶ Winnicott, D. “Realidad y Juego” Ed. Gedisa. 1971

bebé -dice- se ve a sí mismo en el rostro de la madre y si éste no responde, un espejo será algo que se mira, no algo dentro de lo cuál se mira.

En este caso, la persona no podrá existir ni sentirse real, no podrá encontrar una forma de existir como uno mismo, de relacionarse con los objetos como uno mismo y de tener un objeto dentro del cual retirarse para el relajamiento.

También para Kohut⁷, desde otro marco teórico, el primer objeto – self sería la madre en su función especular de mirar al niño y reflejarlo en su mirada.

Esto es lo que el niño demanda de la madre y si algo falla (por ej. en el caso de una madre ausente o deprimida), esta falla daría lugar a la persistencia de la construcción grandiosa infantil que no podría desarticularse.

La oportunidad de restaurar esta falla sería la instancia de la imago parental idealizada, por lo general, el padre de quién el niño reclama no solo que le devuelva una imagen grandiosa de sí sino que además se constituya el mismo en un modelo omnipotente.

Desde otro marco teórico, las ideas de Green en relación al “complejo de la madre muerta”⁸ si bien no aluden a la pérdida real del objeto, se refieren a experiencias tempranas en las cuales la figura significativa ha sufrido ella misma un duelo permaneciendo psíquicamente ausente para su hijo.

Describe estos fenómenos como el resultado de una desinvestidura “masiva, radical y temporaria que deja huellas en lo inconciente en forma de agujeros psíquicos que serán colmados por reinvestiduras”.

Se refiere, asimismo, a expresiones de la destructividad liberada por debilitamiento de la investidura erótica.

De allí surgiría la posibilidad de identificación con un objeto “muerto” y la consecuencia sería la depresión en la infancia.

Volviendo a las presentaciones clínicas a las que aludí al

⁷ Kohut, H. – “Análisis del self”. A. E., 1971

⁸ Green, A. – “Narcisismo de vida, narcisismo de muerte” A. E., 1990

comienzo, creo importante destacar aquí que en estos casos en los cuáles la omnipotencia se constituye en el recurso óptimo para proteger al psiquismo de la indefensión, el riesgo de evolución hacia patologías del narcisismo es un elemento a considerar.

Si bien el apelar a defensas primitivas, como la desmentida⁹ resulta necesario y hasta saludable, su persistencia podría promover el anclaje del sujeto a un narcisismo primario tanático, a un modo de funcionamiento en el cuál, tanto la alteridad como los límites y la finitud se mantendrían en el desconocimiento.

En el otro extremo, creo posible pensar que en aquellos casos en los cuales la ilusión no estuvo suficientemente presente podría favorecer la configuración de las depresiones narcisistas

¿Cómo no enfatizar entonces, aquellos casos en los cuales la pérdida involucra a uno de los progenitores, figuras –secundariamente- necesarias como modelo identificatorio, pero imprescindibles como soporte narcisista en el proceso de estructuración?

¿Cómo no interrogarse acerca de si estas pérdidas podrán ser elaboradas por completo?

En mi opinión, no se dan iguales escenarios para la tramitación de las mismas si la pérdida es sufrida por el infans, que en aquellos casos en los cuáles hay acceso a la palabra.

Concuerdo también en tal sentido con Pelento¹⁰ en la importancia de que el niño disponga de la categoría de presencia-ausencia, que inaugura tanto el proceso de simbolización como la posibilidad de experimentar el dolor psíquico.

Estas diferencias - entre otras- me parecen importante a la hora de considerar los límites del método analítico cuando se trata de restaurar un profundo desequilibrio narcisista.

Importa considerar asimismo el papel del ambiente en la tramitación de estas pérdidas traumáticas.

Si seguimos ideas de Mannoni¹¹ cuando sostiene que: "El

9. Casas de Pereda, Myrta. "En el camino de la simbolización". Ed. Paidós, 1999.

10. Pelento, María Lucila. "Duelos en la infancia" En RUP n° 88, 1998

11. Mannoni, M. "El niño, su "enfermedad" y los otros.

factor traumatizante no es nunca un acontecimiento de por sí real sino lo que de éste han dicho o callado quienes están a su alrededor (...) son las palabras o su ausencia las que dan al sujeto los elementos que impresionarán su imaginación”, sería lícito enfatizar la importancia del modo como los adultos del ambiente -también impactados, en este caso por la pérdida- logren significarla con las palabras apropiadas o, por el contrario, encerrarlas en un silencio encubridor.

En ocasiones, los mecanismos defensivos que protegen al(los) adulto(s) sobreviviente(s) del dolor de la pérdida, podrían bloquear la verbalización de la misma y consecuentemente, la posibilidad de abrir el proceso de duelo.

El niño sería entonces depositario de una dificultad de trasmisión, heredando un “no saber” acerca de la ausencia que aún siendo reconocida, se silenciaría y se constituiría para él en un vacío imposible de ser pensado.

La historización: el “tercer tiempo” del acontecimiento traumático

En cuanto a la temporalidad, coincido con W y M. Baranger, y J. Mom¹² en que el acontecimiento traumático se configura plenamente como tal, sólo cuando puede ser reconocido y nombrado en la peripecia del análisis, ya sea por el paciente o por el analista..

Así como la significación del a posteriori otorga en un “segundo tiempo” su pleno estatuto al hecho traumático, creo posible pensar en ciertos casos, la historización analítica como un “tercer tiempo” del acontecimiento traumático en el cual éste se desplegaría para ser -tal vez- dotado de nuevos sentidos.

Con la introducción freudiana de la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición, el tema del recuerdo y la memoria adquiere una nueva dimensión.

¹² Baranger, W., Baranger, M y Mom, Jorge- “El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud” *Revista de Psicoanálisis*. Vol.44 N°4, 1987.

Considero, siguiendo ideas de S. A. de Mendilaharsu¹³ que “lo importante no es ya lo que se “sabe” sino lo que se vive, y lo que se vive en la transferencia: recuerdos infantiles cuyo surgimiento se acompaña de afectos displacenteros.”

La vuelta de lo idéntico, el no cambio se imponen en la escena analítica y no se trataría ya de que el paciente repita para evitar recordar, sino buscando reproducir un estado anterior.

Es en tal sentido que planteo la hipótesis de este “tercer tiempo” de la situación traumática -en la reflexión que me ocupa, esta sería la pérdida temprana- en el cual, a través del “como si” del juego, la palabra y la reedición transferencial., la misma podría lograr su inserción en la trama simbólica y hallar nuevos sentidos a través del trabajo analítico de historización.

Este trabajo implicará la ruptura de la temporalidad circular y la apertura a una nueva, que funcionará en un movimiento de interacción dialéctica entre pasado, presente y futuro.

Considero no obstante que aún cuando medie un proceso analítico, el trabajo de simbolización e historización en transferencia lograría reconstruir sólo parcialmente la trama fallida.

Como sostenía en un trabajo anterior,¹⁴ las pérdidas tempranas, concebidas como traumatismos precoces, dejarían en el psiquismo marcas o restos susceptibles de ser (re)activados en momentos vitales de profundo cambio en los cuales se afecta la dinámica pulsional y se instauran defensas más arcaicas, comprometiendo la trama identificatoria en la que se sostienen los recursos yoicos, tal como ocurre, por ejemplo, en la adolescencia.

Sabemos que éste es un tiempo de reestructuración, pero también de pérdidas y duelos en el tránsito hacia la madurez.

13. Acevedo de Mendilaharsu, S. – “Subjetividad y tiempo en el espacio analítico”. En : “Lo Arcaico Temporalidad e Historización”, Revista A.P.U. XI Jornadas Psicoanalíticas Montevideo. 1995.

14. Yardino, Stella. - “El bosque de Mecedapa: Acerca de la (re)actualización de los traumas precoces”. En RUP N° 95, 2002.

Algo similar podría acontecer en el momento vital de acceso a la paternidad, en tanto éste implica dejar atrás al hijo- niño para asumir el rol de progenitor.

Tal como lo pienso, estos duelos enlazarían siempre pérdidas anteriores, tanto en relación a las imprescindibles renunciaciones que pautan todo proceso de crecimiento como a aquellas vinculadas a verdaderos traumatismos que han marcado la historia del sujeto con huellas indelebles.

En mi visión, mientras que las primeras podrían ser resignificadas y tramitadas en el tránsito adolescente o en el proceso analítico, estas últimas, en cambio, persistirían dentro del círculo de la repetición, resistiendo la elaboración.

No escapa sin embargo a mi consideración el riesgo de generalizar: atendiendo a lo que el mismo Freud planteara en relación a las series complementarias, si bien es lícito intentar definir el concepto genérico de situación traumática, no podemos olvidar que será siempre una resultante del impacto de dicha situación en la singularidad estructural del sujeto.

En el caso del proceso analítico el resultado será fruto del encuentro de determinado paciente con un analista en particular.

No obstante y sin desconocer otros posicionamientos teóricos que sostienen el carácter traumático de toda inscripción, habría, desde mi perspectiva, una diferencia entre las pérdidas que podríamos considerar estructurantes y organizadoras del psiquismo -como el nacimiento, el destete, la diferencia de los sexos, etc.- y aquellas que, como la muerte de un progenitor en etapas tempranas, promoverían efectos disruptivos y desestructurantes que determinarían la permanencia de marcas o restos inelaborables.

Resumen

Acerca del posible destino de los traumas precoces.

Stella Yardino

El trabajo propone una aproximación a las pérdidas

tempranas- particularmente de la figura materna- concebidas como situaciones traumáticas precoces y sus efectos en el psiquismo en proceso de estructuración.

Se sostiene la hipótesis de que estos traumas precoces que sumen al yo en el desvalimiento, dejarían una huella carente de simbólica posible que permanecería como primera falla no significada y reacia a enlaces.

Aún cuando esta suerte de grieta en la piedra basal del psiquismo permitiera al sujeto organizar un funcionamiento neurótico, activaría, no obstante, en momentos claves tales como la adolescencia o el acceso a la paternidad, algo de aquella experiencia innombrable, conduciendo al fracaso los intentos de ligazón simbólica y desencadenando los efectos de compulsión a la repetición.

En relación a la temporalidad y el *a posteriori* se plantea también la hipótesis de la historización analítica como “tercer tiempo” de la situación traumática, en el cuál a través del “como si” del juego , la palabra y la resignificación transferencial, podrían encontrarse nuevos sentidos.

Se reflexiona acerca de la posibilidad de elaboración de estas pérdidas considerando que aún cuando medie un proceso analítico, el trabajo de simbolización e historización en transferencia lograría reconstruir sólo parcialmente la trama fallida, determinando la permanencia de marcas o restos inelaborables.

Summary

About a possible destiny of early traumas.

Stella Yardino

This paper proposes an approach to early losses -particularly of the mother figure- conceived as early traumatic situations and its effects on the psyche during the structural process.

The hypothesis sustained here is that these early traumas submit the ego to helplessness leaving a trace which is not

symbolized and will remain as the first non significant failure and reluctant to linking.

Even though this sort of rent in the bedrock of psyche would allow the subject to organize a neurotic functioning, it nevertheless, would activate, in key moments such as adolescence or the access to paternity, something of that unspeakable experience, leading to failure the attempts of symbolic linking and provoking the effects of the compulsion to repeat.

With respect to temporality and referred actions, the hypothesis sustained is that analytical historicity as a “third time” of the traumatic situation in which the “as if” of play, words and transference resignification could find new meanings.

Thinking about the possibility of working through these losses considering that even when there is an analytic process, the work of symbolization and historicization in the transference would only partially reconstruct the failing fabric determining the persistence of marks or remains which cannot be worked through.

Bibliografía

ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. “Subjetividad y tiempo en el espacio analítico”. En :“Lo Arcaico Temporalidad e Historización”, Revista A.P.U. XI Jornadas Psicoanalíticas Montevideo,1995.

BARANGER,W., BARANGER, M y MOM, JORGE - “El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud” Revista de Psicoanálisis. Vol.44 N°4, 1987.

CASAS DE PEREDA, M.- “En el camino de la simbolización”. Paidós. 1999.

FREUD, S. 1920. “Más allá del principio del placer”Bs. As. A.E. T. XVIII.

_____ 1926. “Inhibición, síntoma y angustia”. A.E. T. XX.

- GREEN, A. "El trabajo de lo negativo" .A.E., 1993.
- _____ "Narcisismo de vida, narcisismo de muerte" A.E., 1990.
- KOHUT, H. – "Análisis del self". A.E., 1971.
- MANNONI, M. – "El niño, su "enfermedad" y los otros". Ed. Nueva Visión, 1987.
- PELENTO, Ma. L. "Duelos en la infancia" En RUP N° 88,1998.
- WINNICOTT, D. "Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional". Ed. Paidós,1965.
- _____ "Realidad y Juego". Ed. Gedisa, 1971.
- _____ "Exploraciones psicoanalíticas" II.Ed. Paidós,1991.
- _____ "Sostén e interpretación". Ed. Paidós, S/F.
- YARDINO, S. "El bosque de Mecedapa. Acerca de la (re)actualización de los traumas precoces". En RUP N° 95, 2002.